

## “Una mirada al futuro”<sup>1</sup>

*Conmemorando los veinte años de APdeBA se realizó una mesa redonda en la que participaron Adrián Faigón (físico); Ignacio Leucowicz (historiador); Ricardo Forster (filósofo) y Roberto Oelsner (psicoanalista). Dado el interés que este encuentro interdisciplinario suscitó en el seno de nuestra Institución queremos extender la difusión de las ponencias a todos los lectores de Psicoanálisis.*

*Adrián Faigón:* Quiero comenzar agradeciendo a los organizadores que me han permitido compartir este evento tan grato a gente muy querida. Como me invitaron para que participe como físico en una mesa con el tema “Una mirada al porvenir”, supuse que, o bien debía mirar el porvenir como físico, o bien hablar de la ciencia del futuro. Para buscar ideas hice el ejercicio de rastrear algunas miradas pasadas sobre nuestro presente; el resultado es francamente desalentador pues muestra que el predecir es muy difícil. En primer lugar hoy no vemos aquel “mundo mejor” cuya imagen se encuentra en casi todas las reflexiones pasadas sobre el porvenir; será de allí que viene la frase “el futuro ya no es lo que era antes”. Por otra parte encontramos curiosos desaciertos en pronósticos especializados, por ejemplo Lord Kelvin, gran físico del siglo pasado que era presidente de la Royal Society of London afirmó, en 1895, que “máquinas voladoras más pesadas que el aire son imposibles”. Y cuando los aviones ya existían, el mariscal Foch, el mismo que da el nombre a una avenida céntrica en casi toda ciudad francesa, y que en ese entonces era profesor de estrategia en la Escuela Superior de Guerra, dijo: “los aeroplano-

---

<sup>1</sup> Esta Mesa Redonda fue realizada el 30-09-97.

nos son juguetes interesantes, pero de nulo valor militar”.

En otro orden, Thomas Watson, chairman de IBM afirmó en 1943: “yo creo que el mercado mundial puede dar, tal vez, para cinco computadoras”; y la revista *Mecánica Popular*, comentando que no hay límites para el avance científico publica en 1949: “las computadoras en el futuro pesarán no más de una tonelada, a lo sumo tonelada y media”.

Y acá nomás, en 1977, Ken Olson, presidente y fundador de Digital –los productores de las computadoras más pequeñas de entonces– opinó, respecto de una propuesta para reorientar sus productos: “no hay razón alguna para que alguien pueda querer una computadora en su casa”.

Ahora bien, si gente de oficio comete semejantes desatinos, ¿qué podremos hacer nosotros?

Brillante, en cambio, fue Faraday, uno de los grandes físicos del siglo pasado, quien preguntado al cabo de una exposición acerca de la utilidad de sus descubrimientos eléctricos, esto es el porvenir de ellos, contestó: “señora, ¿me sabría usted decir para qué sirve un niño recién nacido?”. La ingeniosa respuesta de Faraday nos remite a una nueva forma de predecir que ha ocupado su lugar en los últimos años dentro de la ciencia misma: incorporar la incertidumbre, lo inesperado, el acontecimiento, lo impredecible. A 150 años “del niño de Faraday” vemos que no pudo haberse dado una respuesta más lúcida. Cómo podría siquiera haberse aproximado a decir que el porvenir de sus descubrimientos estaba en los sistemas de iluminación para prolongar el día, en la descripción de la composición última de la materia hecha de protones y electrones, en los aparatos para que las señoras se sequen el pelo y en la única construcción teórica del siglo XIX que sobrevivió intacta las revoluciones de la relatividad y la cuántica: la formulación de Maxwell del electromagnetismo.

Pero si bien los descubrimientos y las invenciones siguen un camino muy rápido, sinuoso, inesperado, para hablar de ellos en términos predictivos, la evolución de los conceptos –tal vez por estar hechos de la misma sustancia que las reflexiones sobre ellos– aparece más lenta, más enlazada, tejida con la malla conceptual previa, y sobre esto me atrevería a especular sobre posibles porvenires.

En el siglo XVII Newton agregó a las descripciones de movimientos existentes los conceptos de fuerza y de masa para

obtener las ecuaciones que permitieron no sólo describir, sino dar las causas y predecir el movimiento de los cuerpos; creó así la mecánica, base de la construcción racional de las ciencias de la naturaleza.

El siglo XIX termina con una explosión de disciplinas: termodinámica, óptica, electromagnetismo, que reposan conceptualmente en la mecánica, y se destaca una cantidad común a toda esa variedad de procesos: la energía. La energía es, en la física, el potencial de un sistema para interactuar con el entorno, y además vehículo de esa interacción; la energía muda de forma, aquí es fotón y allí está atrapada en un hidrato de carbono, transitando entes de disímil naturaleza. Las particularidades de la nafta desaparecen cuando se convierte en el movimiento de un auto. Nada quedó de la nafta, ni su olor ni su química, y nada del auto; son exactos equivalentes energéticos.

La tentación de la energética como sistema teórico en que la energía ocupa el centro conceptual, excedió los marcos de la física, para ser apropiada como moneda de cambio entre lo potencial y lo “en acto”, por variadas disciplinas, y creo que Freud no quedó al margen de esto.

En la primer mitad del siglo XX la relatividad fue la más hermosa construcción racional de la ciencia, y la física atómica con su cuerpo teórico –la mecánica cuántica– la más monstruosa de estas construcciones. Estos calificativos se refieren a que la relatividad provocó ciertamente un derrumbe científico y metafísico, pero la misma teoría, su perfecto encastre con todo lo conocido y con lo que habría de conocerse, devolvió pronto la armonía, la paz al alma de los científicos. Los destrozos de la cuántica en cambio, fueron reemplazados en el aspecto operacional con audacia y eficiencia, pero han dejado un vacío metafísico que aún tras 80 años provoca inquietud. Estos 10 minutos no darán para una historia de la física, pero sí para hacer una referencia al impacto de sus teorías sobre la reflexión teórica en su mayor generalidad. La relatividad destrozó las últimas nociones que aceptábamos como dadas, y sobre las que reposa la ciencia: el espacio y el tiempo absolutos. Se dice ahora así para distinguirlos del espacio y tiempo relativos al observador. La cuántica disolvió otra suposición muy arraigada: no es posible observar sin modificar lo observado, o un equivalente: hay un límite a la precisión con que se puede conocer.

Esta historia fue dejando en el camino pequeñas y grandes inconsistencias, paradojas y problemas de interpretación; las más destacables –y que tienen que ver con esta mesa– se refieren al tiempo. Mark Tagard, autor de un ingenioso y fundamentado trabajo sobre la irrealidad del tiempo –escrito en el año 1908– concluye diciendo: “cada momento, cada acontecimiento es a la vez pasado, presente y futuro”, significando que vista la historia en su totalidad, desde fuera, cada evento posee simultáneamente esas tres cualidades.

Einstein coincidió, por motivos muy distintos, afirmando: “el tiempo, la distinción entre pasado, presente y futuro es tan sólo una ilusión”. Es que, en efecto, en los fundamentos de la física – en la mecánica, en la relatividad y en la cuántica– no hay ninguna evolución que no pueda ocurrir también marcha atrás, como pasando la película al revés. Nada dice en qué dirección deben ocurrir las cosas, y con ese sentido pasado y futuro son indistinguibles.

Esto nada tiene que ver con nuestra percepción habitual del tiempo, y contradice además leyes bien establecidas en el interior de la física misma, más evidentes en la biología, leyes que sí establecen una dirección de las evoluciones: siempre nacemos en el pasado y morimos en el futuro. Esta observación acerca de la irreversibilidad de los fenómenos naturales es tan obvia que no conmueve a nadie más que a los físicos que, acostumbrados a que las cosas no son como parecen, continuamos apegados a los fundamentos, donde todo puede dar marcha atrás confiados en que ya daremos con el truco que hace que las cosas se vean así. Ese es el sentido de “tan sólo una ilusión” de Einstein, refiriéndose al tiempo.

En las últimas décadas se ha ido instalando un enfoque opuesto de la misma problemática, disputándole la posición de paradigma a la ciencia newtoniana. La naturaleza es irreversible. La novedad, la indeterminación, el azar y hasta el caos ocupan su lugar en las leyes naturales. El determinismo mecánico, exagerado por Laplace: “dadme todos los datos actuales y predeciré el futuro con toda exactitud”, se aplica sólo a sistemas ideales que representan a unos pocos sistemas naturales simples.

¿Alguien sabe cuál es la dirección de las flechas de influencia entre la ciencia y el estado de ánimo social? Pero no cabe duda que este nuevo paradigma, que tiene a Prigogine por principal

vocero, cuadra tan bien a esta época de las certidumbres perdidas, como lo hizo el determinismo newtoniano a los grandes sistemas histórico-filosóficos del siglo pasado.

El centro de la trama conceptual lo ocupa aquí la entropía, a diferencia de la energía, que muda de forma al pasar de un cuerpo a otro pero permanece su cantidad idéntica a sí misma. La entropía de un sistema crece con cada interacción, con cada cambio que se produce en su interior. Esto es algo muy especial, muy distinto del comportamiento de la mayor parte de las magnitudes de la física, y esa particularidad permite distinguir pasado de futuro en la evolución. El sistema aislado jamás volverá a un estado de entropía inferior al actual. Para ilustrar veamos esta imagen: un auto puede ir y volver desandando lo andado, pero el rozamiento entre piezas se acumula tanto de ida como de vuelta y no hay manera de hacerlo funcionar que reduzca el desgaste actual. La flecha del tiempo apunta en un sólo sentido: el del desgaste.

Pero entonces, si la evolución apunta hacia el desgaste, hacia el aumento entrópico, ¿cómo dar cuenta de la renovación permanente de individuos en biología?; y más que eso, ¿cómo dar cuenta de la aparición de especies nuevas, una evolución anti-entrópica? La física recién se está asomando a estos problemas con las llamadas dinámicas no lineales. En ellas, una pequeña perturbación se amplifica para dar lugar a un gran acontecimiento. Esa fue la historia del niño de Faraday, y por qué no, la de esta institución.

Así nos encontramos hoy con tres fisuras profundas en el cuerpo teórico de las ciencias naturales: una, la que divide la irreversibilidad de los fenómenos de que se ocupa, de la reversibilidad expresada en las leyes fundamentales; otra es la necesidad de incluir al observador –una necesidad que planteó la cuántica– sin pérdida de objetividad; y la última, la que opone el aumento entrópico a la actividad creadora de la naturaleza.

En el desarrollo de estos nudos es donde muy probablemente haya que mirar el porvenir conceptual en las ciencias, y dado el carácter de los mismos, donde la interacción entre distintas áreas del pensamiento pueda resultar fecunda. Creo que es el momento entonces, de dar lugar a la interacción. Gracias.

*Ignacio Leucowicz:* Mi oficio es historiador, yo voy a disentir en algo con Faigón porque predecir es fácil, lo difícil es acertar. Y en ese sentido se puede hacer una historia del futuro, que es la

historia de las imágenes que distintas sociedades fueron construyendo del futuro. Quizás nada hablaría tanto de una sociedad como las formas en que se fue imaginando el futuro.

La institución cumple 20 años, ante todo feliz cumpleaños; en 20 años pasaron 7 presidentes: Videla, Viola, Galtieri, Bignone, Alfonsín y Menem dos veces. Pasaron cosas, yo no sé cuántos presidentes pasaron en APdeBA, pero me imagino que los nombres no sonarán tan feos.

Veinte años es una cifra variable, puede ser una enorme cantidad de tiempo y puede ser un tiempo minúsculo. Da la impresión que nuestros últimos 20 años son enormes, son larguísimos y dieron lugar a mutaciones muy severas. Sobre estos 20 años hay toda una serie de experiencias constituidas que va a dar lugar a un futuro, o mejor dicho habrá que establecer una relación hacia el futuro desde estas condiciones constituidas en estos años de la institución, y muchos otros del psicoanálisis, y muchos otros más de la cultura occidental. Entonces yo me preguntaba: ¿qué puede decir un historiador del futuro?... Me parece que lo más activo puede ser plantear el modo en que el historiador piensa la relación entre el pasado y el futuro, tal como se organiza en un presente específico, para un grupo humano específico. Es decir mostrar las herramientas de pensamiento más que andar adivinando, porque como decía Faigón, no pesan una tonelada las computadoras. Ese ejercicio de prolongación de las tendencias hacia el futuro nos llevaría a decir que “es fácil predecir, pero es difícil adivinar”.

En principio hay dos modos de pensar desde un presente la relación entre el pasado y el futuro: el modo de la continuidad, del despliegue, de la temporalidad homogénea, que es el tiempo que hace del pasado el fundamento de un destino. El destino no puede ser otra cosa que lo que está sembrado como germen en el pasado, y el tiempo es ese repaso para ir enterándonos de lo que ya estaba escrito en el libro, como dicen los chicos en la secundaria: “después de las Cruzadas viene Gutenberg”. Desde el futuro “viene” Gutenberg, pasa por el presente hacia el pasado y después “viene Colón” y “vienen” todos los demás... pero ya están, ya vienen marchando. Ese tiempo es un tiempo homogéneo, sin capacidad de alteración, donde el presente es un punto de espectáculo que permite ver lo que el tiempo nos tiene ofrecido. Esta modalidad de relación con el pasado es la modalidad específica de

relación con el pasado que se establece, por ejemplo, en Esparta en el siglo V antes de Cristo. En Esparta hay una serie de instituciones que regulan todo: por ejemplo, hay una homosexualidad obligatoria; en la vida cotidiana, hay un secuestro general de los individuos, que van a vivir al cuartel. Es tan fuerte esta regulación que generación tras generación la población va mermando, pero los individuos que se producen son excelentes y con esta excelencia cubren la merma poblacional. Entonces es un ejército imbatible. Este ejército imbatible de individuos excelentes produce la gloria y la grandeza de Esparta, pero hay cada vez menos hombres. No por la guerra, sino por las instituciones que ralean los acoples heterosexuales, y una vez producidos ralean la prole mediante la selección de individuos. Esparta pasa de tener 10.000 hombres en el año 550 a.C., a tener 1.000 en el 370 a.C. De 10.000 a 1.000 en algo más de un siglo y medio. Con esto la potencia bélica decae totalmente. ¿Cómo reaccionan los espartanos? “Las instituciones que crearon la grandeza de Esparta no pueden ser las instituciones que crean esta miseria; si nosotros estamos débiles militarmente es porque debilitamos el poder de nuestras instituciones”. Como la tradición ordena una continuidad directa, la única manera de intervención es reforzar las instituciones que imaginariamente son la causa de la grandeza pero, en rigor, son la causa de la decadencia de Esparta. Ese es un modo de relación con el pasado que hace del pasado el soporte de una verdad, y el presente un puro tiempo de despliegue de lo que ya estaba.

Para la otra forma de pensar la relación con el pasado existen dos conceptos que son decisivos: el de generación y el de tradición. Hay una idea activa de tradición diferente al modo espartano: una tradición se constituye a partir de un elemento de discontinuidad, y de un elemento de discontinuidad muy fuerte. Una tradición –por ejemplo– se organiza en torno de un libro. Las letras del libro son las mismas a lo largo de las diversas generaciones, pero la glosa de esa letra, las tareas a las que someten ese texto las distintas generaciones hacen que el mismo texto sea, en cada generación, un texto distinto.

En este sentido una generación se define por la diferencia entre lo que podríamos llamar el legado y la herencia; el legado es lo que las generaciones previas ceden, o dejan. Creen que ceden, pero es lo que queda, porque morir van a morir. El legado es lo que

queda. Cuando se habla del legado de Grecia, por ejemplo, se dice: “lo que nos dejaron los griegos...”; pero los griegos no nos dejaron nada. Ellos se fueron y esto quedó, pero la idea es que el legado, en la versión tradicionalista, cubre todas las necesidades de las generaciones siguientes. Y sin embargo, las exigencias de las circunstancias de su presente tienden a vaciar de consistencia ese legado. De ese legado: ¿qué es un patrimonio y qué es un lastre? Esa es la operación de herencia. La herencia es la selección del legado, eliminando el lastre y poniendo los términos heredados activamente en función de los problemas actuales, que vaciaron de consistencia el saber previo. Así se construye una tradición. ¿Cómo se define una generación, desde el punto de vista del historiador? Cuando uno se aproxima a cualquier generación, “la del 37”, “la del 80”, etc., en Argentina, verá que se estaban peleando; pese a la aparente homogeneidad ideológica, pese a la identidad de edad, se estaban peleando. ¿Y qué es lo que los constituye en generación? Lo que los constituye en generación es, precisamente, el hecho de pelear en torno de lo mismo. ¿Qué comparte una generación? Precisamente eso: lo que una generación comparte es un agujero en la tradición. Los distintos miembros de una generación se nuclean en torno de lo que la tradición deja vacío para el momento actual. La imagen de lo que es una tradición en este sentido, es que cada generación constituye un agujero y se articula en el agujero de la anterior. Más fiel que la imagen de una alfombra que se va desenrollando –las metáforas del historiador no son muy ricas– o de distintos ladrillos que se van apilando sobre una pared, uno sobre lo pleno de lo anterior, mucho más rica es la imagen de una cadena, al menos la tradición judía lo piensa en estos términos. La imagen de la cadena viene a decir que cada generación se articula sobre el vacío de la generación anterior; y ahí hay historización, porque en la generación anterior no estaban los recursos suficientes sino más bien un agujero que causa el pensamiento de la generación posterior. En este sentido hay una historización, siempre y cuando una nueva generación introduzca en la cadena una marca nueva, es decir que el conjunto de las marcas previas no sea suficiente para cubrir exhaustivamente un presente, porque si el conjunto del pasado es suficiente para cubrir exhaustivamente un presente, ese presente no es presente, es un pasado de repaso, pero no es presente. No tiene ninguna de las dignidades que comprometen la angustia y el coraje de los

hombres. En ese sentido es necesario siempre una nueva marca en un vacío de la generación anterior que no sólo continúe, sino que también altere el sentido del conjunto de los eslabones previos.

A Caetano Veloso, músico brasileño, le preguntaron si su música no estaba abandonando las raíces; él dijo: “primero, es falso; segundo, qué importan las raíces, no son lindas, lo que importa son los frutos; y tercero, un árbol vive también de sus frutos, no sólo de sus raíces”.

Espero haber dicho lo que creía que estaba diciendo.

*Ricardo Forster:* Buenos días a todos y felicidades por los 20 años de APdeBA. Hablar después de un físico y de un historiador en realidad es casi lógico para un filósofo. Ustedes saben que Aristóteles dijo que después de la física venía la metafísica, y que en la biblioteca de Alejandría la metafísica siempre está por detrás, como acechando, como un fantasma.

Tres frases de tres poetas me impactaron estas últimas dos semanas, que fueron relativamente importantes también en mi vida, porque he pasado la barrera de los 40 años, que es la edad en que los cabalistas dicen que hay que comenzar a pensar... Por lo tanto todo lo que diga hoy será el producto de estas últimas dos semanas, y nada de lo pensado antes sirve... Ustedes saben también que Hegel –filósofo de los grandes, de los que lograron construir un sistema de una armonía maravillosa–, decía que el filósofo se parece a la lechuza, al búho de Minerva, no sólo por la inteligencia del búho de Minerva sino porque, como la lechuza, levanta vuelo al anochecer, cuando las cosas ya acontecieron, por lo tanto los filósofos no hablamos del futuro.

Tres frases, decía yo, me impactaron. Una sutil y dolorosa, de un poeta, Luis Aragón: “una noche cualquiera el futuro pasa a llamarse pasado”. Uno puede hacer de esta frase un desgarramiento existencial, puede dolerse con esta frase, pero puede también pensar en profundidad, sentir que allí –en la intuición poética– en ese saber profundo, intenso del poeta, lo que se está discutiendo –sin ninguna duda– es nuestra actualidad, nuestra relación con el tiempo.

La segunda frase, también de otro poeta, dice algo distinto pero que en realidad entra en la misma perplejidad; dice Wallace

Stevens: “y sin embargo, salvo para nosotros, el pasado total nada sintió cuando se destruyó”. Para cada uno, cada uno de nosotros habita el dolor de un pasado que se vuelve irreversible, pero también las sociedades saben de los pasados que quedan a sus espaldas, y que al quedar a sus espaldas agotan también sus savias y no siempre –como decía mi amigo el historiador– alcanzan a dar frutos.

Y otro poeta, mucho antes de los albores pre-renacentistas en Italia, en el canto Décimo de *El Infierno* le hizo decir a uno de sus personajes: “por lo cual puedes comprender que moriría nuestro conocimiento en cuanto se cierre la puerta del porvenir”.

Tres frases distintas, tres poetas, tres artistas de las palabras, tres maestros del lenguaje. ¿Qué decir después de estas frases? En realidad nada, sólo dejar que el psicoanálisis las interprete, pero la filosofía, que es anterior al psicoanálisis y a la física, y comparte con la historia un momento de nacimiento, tozudamente siempre quiere decir algo, quiere expresar algo y desea equivocarse. Ustedes saben que el comienzo de la filosofía está asociado a una muerte, a una condena, a la condena de Sócrates. Por lo tanto la palabra del filósofo es siempre una palabra –o fue al menos, creo que fue– una palabra urticante. Volvamos a las frases. “Que una noche cualquiera, el futuro se convierta en pasado”, dije que habla de nosotros. Veinte años atrás el futuro movilizaba nuestras vidas, las movilizaba en términos de creación de instituciones, las movilizaba en términos de ideologías que creían que llegaba la hora de la transformación real de la historia; veinte años atrás los grandes discursos de la modernidad todavía daban vueltas y acrisolaban alrededor de los que pensaban, de los que escribían, de los que vivían. Todavía ni se escuchaba hablar –por lo menos por estos lugares– del fin de la historia, del fin de las ideologías, de la muerte de las utopías, de la posmodernidad, de esos prefijos pos que hoy invaden absolutamente todo nuestro presente y nuestra cotidianidad. Veinte años atrás todavía éramos lo suficientemente jóvenes para pensar que por delante todavía estaba lo mejor. Y sin embargo 20 años después dudamos de que delante de nosotros esté lo mejor, dudamos de que todavía –como diría George Steiner– el verbo se conjugue en futuro. Dudamos todavía de que el presente con su intensidad, su fugacidad, su dramatismo, no haya colonizado absoluta y radicalmente toda la experiencia que tenemos del tiempo.

Quizás por primera vez en lo que llamamos Occidente, el presente –que es un tiempo huidizo, es un tiempo que se nos sustrae permanentemente, que al pronunciarlo se nos escapa– ha ocupado todo el escenario de la vida. En realidad cuando pensamos el futuro lo pensamos como una prolongación tecnologizada del propio presente. Ya no pensamos al futuro como lo otro, lo distinto, lo diverso, el amanecer de un tiempo nuevo, como dirían los ilustrados en el siglo XVIII. El futuro es prolongación, repetición quizás sofisticada, pero no algo muy distinto. Y sin embargo esta experiencia de un presente absoluto que a veces resulta agobiante, es demasiado próxima y nació hoy; hasta ayer, hasta hace 20 años atrás –como decían desde la física y desde la historia– desde distintos modos, con distintas miradas, la tradición, las generaciones, las escrituras, los lenguajes, las ideas estaban por detrás y tenían que ser actualizadas, había que discutir, pelearse, criticarlas para construir lo nuevo. Lo nuevo no podía pensarse sin un diálogo con el pasado. El pasado rebotaba, vivía, atravesaba, pujaba, exigía, a veces dominaba, a veces pesaba –decía Marx– como los muertos, y por lo tanto había que sacárselo de encima. Pero el pasado estaba allí, como un diálogo crítico, como Picasso peleándose con su padre para ser un creador.

La pregunta en este fin de siglo, fin de milenio, es qué acontece con una sociedad, con una civilización, que ha agotado su recurso verbal del pasado, al mismo tiempo que amenaza con agotar el recurso verbal del futuro. Doble movimiento, doble relación, que quizás nos lleva a esa inquietud inicial del Dante. ¿Podemos preguntarnos?, ¿es posible colocar la pregunta, como la planteaba este personaje en el Décimo canto de *El Infierno*, de que, agotado, cerrado el porvenir, también se muere nuestra capacidad de conocer?

Uno puede pensar en estos juegos de tradiciones y de culturas que van y vienen, que el acto inicial, la saga desde la cual comenzó todo, la saga de Adán, empezó saliendo de la repetición para entrar en el tiempo. Saliendo del paraíso, del seno de la naturaleza, de la inocencia pura y plena para entrar en el tiempo que es dolor, que es sufrimiento, pero que también es esperanza. “Conocer es sufrir”, decía Lord Byron.

El malestar, el dolor, el desgarramiento son lo propio de la historia; Hegel decía en algún lugar que la felicidad sólo deja

páginas en blanco y no alcanza para hacer historia. Frase terrible, frase dolorosa, quiere decir que los hombres y las mujeres felices no hacen la historia y que la historia sólo es el producto del dolor, de la batalla, del sufrimiento, de la muerte.

En un texto talmúdico algunos maestros se habían juntado a conversar: ¿por qué el mal?, ¿por qué el sufrimiento?, ¿por qué el dolor? Entonces decidieron exigirle a Dios que eliminara el mal del mundo. Hicieron una petición a través de un ángel. Ustedes saben que Dios sólo se comunicaba –por lo menos después de Moisés y de algunos profetas– a través de ángeles, y a través de un ángel Dios les contestó: “tengan cuidado, no les aconsejo eliminar del todo el dolor y el sufrimiento, ¿por qué no lo meditan?”. Los sabios pensaron un poco y dijeron: “no arriesguemos demasiado, probemos 48 horas a ver qué pasa y después decidimos”. El ángel volvió con el mensaje y Dios durante 48 horas eliminó el mal del mundo. Cuenta el Talmud que un día dentro de esos dos, un enfermo necesitaba un medicamento, y que ese medicamento sólo se podía preparar con huevo fresco. Fueron a un gallinero a buscar un huevo fresco, y no encontraron ninguno, ninguna gallina había puesto un huevo fresco porque la sexualidad también es el mal. Entonces los sabios se miraron y dijeron: “esto no puede ser, volvamos a la vida buena, por lo tanto el mal es necesario”.

¿Qué quiere decir esto? Que la acción, que la modificación, que la libertad –como diría Schilling también– es la elección del bien o del mal, y es al mismo tiempo la entrada en la historia.

Esto nos plantea hoy, en el presente, qué acontece cuando –no quizás los que ya hemos pasado los 40 años sino los que tienen 20 años menos– no se piensan a sí mismos en el interior de una saga que tiene que batallar contra las voces del pasado para sentir que, en el malestar del presente, todavía queda una oportunidad para el futuro.

Gracias.

*Roberto Oelsner:* Para esta oportunidad consideré oportuno transmitirles una elaboración personal que realicé sobre un capítulo del libro de Bion, *Memoria del futuro*.

En ese capítulo de *Memoria del futuro*, llamado “El pasado presentado”, jugando con la temporalidad aparece un personaje

fascinante, se llama Du. Du es el pronombre de la segunda persona del singular en alemán, el coloquial tú, vos. Puede parecer una ironía que Bion haya llamado Du a uno de estos personajes, habiendo él combatido en la Primera Guerra Mundial contra Alemania, donde se las tuvo que ver fieras... podría haber muerto. Aparece Du, y otro personaje, Rolando –que parece ser Bion pero podría ser cualquiera de nosotros– quien le pregunta a Du, “¿quién eres tú?”, Du dice: “soy el futuro del pasado”. Dice algo más, “soy la forma de las cosas por venir”. Para Rolando aparece como una presencia siniestra vinculada al enemigo alemán que podría haberlo matado. Continúa diciendo que él es la matriz de una idea, una idea madre; que él utiliza a veces los ruidos de la panza para expresarse, y que tiene aversión por las palabras, porque éstas no tienen el derecho a ponerle rígidos casquetes definitivos que le impidan nacer a él, a Du, que es la forma de las cosas por venir.

Entonces empieza un juego de palabras difícil de traducir, con el verbo *ought to* que es una obligación, un deber, un deber ser, y otras palabras que quieren decir autónomo, autístico y automático pero como una obligatoriedad, el tener que hacer algo. Este es un pequeño resumen de ese capítulo de Bion.

Yo quiero hablar de lo autonómico, lo automático y lo autístico, como tres niveles de funcionamiento mental, o tres maneras de establecer vínculos.

Lo autonómico, como puedo inferir del diálogo entre Du y Rolando, parece pertenecer a los niveles más profundos del inconciente. Comprende todo.

Aquello que es primariamente inconciente y que nunca ha sido conciente. Tiene relación con el Sistema Nervioso Autónomo y se puede expresar en un ruido visceral, por ejemplo. Es la inteligencia adrenal que albergamos pero que podemos desoír. Es lo no pensado que, sin embargo, está profundamente arraigado en nuestra naturaleza de seres vivos y contiene elementos onto y filogenéticos. Es lo que ha sido un pensamiento antes de haber sido pensado. Se encuentra en el pasado y el presente como “formas de las cosas por venir”. Es el germen de una idea –que nos amenaza persecutoriamente con la depresión– que podemos albergar o evacuar. Como seres humanos estamos siempre proclives a dejar en el camino de nuestra evolución estos niveles del inconciente, por represión o por disociación. Es lo que Freud

nos ha mostrado en *El Malestar en la Cultura* respecto de la pérdida del sentido del olfato a lo largo del desarrollo filogenético y lo que nos ha mostrado a lo largo de casi toda su obra con respecto a la represión de la sexualidad infantil. ¿Quizás la postulación de los instintos de Vida y de Muerte, donde “la vida no es más que un largo rodeo hacia la muerte”, debiera llevarse del plano individual al plano de la evolución de las especies? ¿Está implícito quizás en el mismo concepto de evolución? Evolución que significa no sólo ganancia sino también pérdida de adquisiciones primordiales en la historia, no de la Humanidad, sino de la Vida sobre la Tierra. ¿Por qué es que hay especies que se han extinguido y otras están amenazadas de extinción? ¿Sabemos si nosotros no somos una especie en extinción? Lo automático debiera incluir entonces estos niveles “trans-específicos” (trans-especies quiero decir).

Lo automático comprende la inteligencia y todos los vínculos que inteligentemente podemos hacer, es como la inteligencia de las computadoras. Quizás éste es el nivel de la mente del cual nacen la mayoría de nuestras teorías y nuestros esquemas conceptuales. Son los niveles que usamos, lamentablemente demasiado, cuando estamos inmersos en hacer “lo mejor de nuestro mal trabajo”. La mayoría de las conductas adaptativas cotidianas están hechas sobre esta base, por ejemplo los vínculos que establecemos con los otros cuando no han sido elegidos por nuestras entrañas, cuando son vínculos vaciados o vacíos de sentido emocional: el amor de telenovela, el odio de película, el conocimiento detectivesco. Es decir todos aquellos vínculos cuya fuente está desarraigada del nivel autónómico, la mayoría de nuestros vínculos, entonces.

Yo pensé en Picasso tratando de salvarse de la imposición del padre. Me parece que Picasso tuvo la genialidad de poder salvarse de lo automático y dejar lugar para lo autónómico. Pero aquí tiene importancia lo autístico. Du le dice a Rolando que lo autístico es preferible a lo automático. En lo autístico hay obviamente un colapso, un desmantelamiento absoluto de los vínculos en cualquiera de sus formas, es el blanco perfecto, es la nada, tiene algo que ver con la pantalla blanca de Bertrand Lewin, con todo lo que Green escribió sobre “el blanco”, y naturalmente con “sin memoria, sin deseo y sin afán de comprensión”, de Bion. El pensamiento creativo, autónomo, requiere de la operación del blanco, requiere

de lo autístico para obtener un lugar dentro de lo automático; solamente sobre este blanco, sobre esta pantalla, podemos estar en un estado en que los meditadores trascendentales, los yoguis y los que son proclives a las experiencias místicas se colocan para tener una experiencia mística.

Lo automático como estado mental es obstructivo para lo autónomo e impide el conocimiento inspirado; lleva a la inteligencia, pero obstruye la sabiduría; nos hace cuerdos, pero no nos hace necesariamente sanos. Es una defensa contra la locura, pero un impedimento contra la inspiración. La sabiduría incluye necesariamente un acceso a la comunicación con nuestro pasado prenatal. Parecería que nuestra sabiduría visceral autonómica nos ha estado salvando como especie. La “inteligencia drenal”, que Du le recuerda a Rolando, lo ha salvado durante la guerra.

¿Hacia dónde vamos? La tecnología provista por los seres humanos, parece un desarrollo de lo automático que hay en nosotros, ¿al servicio de la adaptación, de la vida sobre la tierra?, me pregunto. ¿Cómo sabemos que no está contribuyendo a la atrofia de nuestra musculatura, o de nuestra intuición, o de nuestra capacidad de discriminar?

Los antibióticos, por ejemplo, ¿no contribuyen a la progresiva involución de nuestra sofisticada inteligencia inmunitaria? Los bebés originados por inseminación artificial, o la viabilidad hoy en día de bebés nacidos con sólo 6 meses de gestación gracias a técnicas de última generación, ¿no serán los autómatas del mañana? ¿Cuán cerca estamos de *Los niños de Brasil*, de Ira Levin, cuando la clonación ya es un hecho?, ¿o del *Mundo feliz*, de Huxley?

La electrónica ha contribuido a que los luchadores de la Guerra del Golfo, por ejemplo, pudieran calcular sus blancos sentados en un laboratorio de informática de alta complejidad, alejados de la percepción de lo que estaban decidiendo. ¿Qué hubiera sido del Holocausto si el exterminio se hubiera podido planificar y realizar desde un estudio de computación de alta tecnología?

La pregunta de fondo es: ¿cómo hacer para ser solamente “usuarios” de la tecnología nacida del nivel automático de nuestras mentes y no caer en la identificación con la tecnología? La tecnología ha superado al hombre. Estamos en una segunda revolución industrial –no cabe duda– donde la desocupación mundial señala que el Dios es la máquina, y que si el hombre fuera

máquina tendría trabajo. La escisión de las cualidades vivas y humanas, ¿podría ser una meta a alcanzar y llevarnos a un suicidio colectivo?

Me pregunto cómo se estarán desarrollando los conceptos de tiempo y de espacio, por ejemplo, en los educandos de nuestra época. Bill Gates mediante, se puede visitar por dentro un palacio de Thailandia, el museo del Holocausto de Washington, o una escuela en Singapore desde el mismo escritorio en que el chico hace sus tareas escolares. La concepción de las dimensiones de la tierra, de los husos horarios, de los meridianos y de los paralelos, ¿cómo se está armando en estos chicos? Seguramente no será de la misma manera en que se nos fue armando a nosotros. ¿Qué influencias tendrán estos cambios cuando estos educandos lideren las políticas mundiales?

En el estudio que Freud hizo junto con el embajador Bullit sobre el presidente Wilson, mostró la importancia de las raíces infantiles, de su educación en las decisiones políticas que tomó, comprometiendo a media humanidad. Me pregunto, ¿qué decisiones tomará el Wilson de mañana, educado en/por la informática? Wilson tenía una identificación con Dios, y gobernó y tomó decisiones desde la omnipotencia de la inspiración divina; ¿qué pasa si esta omnipotencia es reemplazada por la omnipotencia automática de la identificación con la computadora-máquina?

Quiero diferenciar ahora los términos inteligencia, conocimiento y sabiduría. La inteligencia es un desarrollo de lo automático que hay en nosotros, puede darnos mucha velocidad en la toma de decisiones. Estamos en la era de las máquinas inteligentes, así que también ellas tienen esa cualidad. Conocimiento es sinónimo de información; también es una cualidad de la máquina y de lo automático que hay en nosotros. “La inteligencia como una capacidad de coleccionar conocimientos debe ser distinguida de la sabiduría” (Bion, 1977). Esta última incluye tanto la experiencia filo como la ontogenética; incluye a los pensamientos no nacidos, “los pensamientos sin pensador” que menciona Bion, de los cuales las conjeturas imaginativas parecen ser una red para pescarlos. La sabiduría precisa del mantenimiento de algún tipo de comunicación con lo que hay en nuestra humanidad para ser utilizado en la capacidad de discriminación.

¿Qué podemos hacer como psicoanalistas? Creo que lo que podemos hacer es contribuir a rescatar los niveles autonómicos de

la mente, y advertir acerca del riesgo de la identificación con la máquina, lo automático. Pero, ¿hay suficiente lugar en las mentes de los analistas para la sabiduría? ¿Podremos resistir a la tecnificación de la mente sin dejarnos llevar por las tendencias actuales, o al peso de hacer lo que se nos pide, como las máquinas?

Creamos máquinas a partir de nuestro enamoramiento de lo automático que hay en nosotros, y ahora las máquinas, la tecnología, refluye sobre nosotros. No es seguro que nuestras mentes, algo inhóspitas, sean un buen albergue para los pensamientos autónomos. Pero, si no es en nuestras mentes, ¿en qué otro lugar se pueden incubar?

Descriptores: Filosofía. Historia. Psicoanálisis.

*Adrián Faigón*  
Malabia 2137, 14° “G”  
1425 Buenos Aires  
Argentina

*Ricardo Forster*  
Plutarco 3054  
1430 Buenos Aires  
Argentina

MESA REDONDA

*Ignacio Lewkowicz*  
Ayacucho 23, 5° “I”  
1025 Buenos Aires  
Argentina

*Roberto Oelsner*  
Av. Juramento 2149, 3° “20”  
1428 Buenos Aires  
Argentina